

EL POEMA DE LA SABIDURIA EN EL LIBRO DE JOB

(Notas exegéticas sobre el capítulo 28)

ENTRE las múltiples bellezas que atesora el libro de Job, tan admirado en todo tiempo por los sabios judíos y los doctores cristianos, al finalizar el diálogo del protagonista con sus amigos, como extraña intercalación entre la última réplica de Sofar y la respuesta de Job, se encuentra un admirable canto a la Sabiduría.

Loores análogos, aunque con puntos de vista de acuerdo con la mentalidad de cada pueblo, época y creencias, hallamos también en Grecia y en Roma, por ejemplo, en Platón y Lucrecio. Tiempo posterior con mucho al del autor de Job. Ningún punto de semejanza hay entre ellos; sólo el poema en sí, enfocado en orden al fin especial que cada cual se propone.

Para Platón (cfr. Filebo), la Sabiduría es una categoría del "bien"; aunque no el mejor; sólo "el sabio encuentra el placer en la sabiduría", frente al de quien lleva una vida semejante a la de los "animales marinos o esponjas, encerrados en sus conchas". Deja entrever la existencia de una inteligencia y sabiduría superiores, presidiendo el gobierno del mundo, dotadas de hermosura infinita.

Lucrecio, en su celebrado poema "De rerum natura", afirma que mucho más agradable que presenciar las grandes catástrofes humanas desde sitio seguro, es "tener presentes las doctrinas de los pensadores", al margen de rapacidades y afanes en pos de un bienestar material; porque las grandezas no son más que "ilusiones insensatas". Expre-

samente menciona a la Sabiduría como el conocimiento de las causas de la vida, descubiertas por un dios, "que por arte propia separó nuestra existencia de las agitadas olas y profundas tinieblas que la rodeaban y la transportó a mar sereno por clara luz iluminado". Y se pregunta cuál será entre los del innúmero panteón, el dios que rige el Universo, dotado de un poder infinito.

Para los hagiógrafos de la Biblia, la Sabiduría "es un hálito del poder divino y una emanación pura de la gloria de Dios omnipotente por lo cual nada manchado hay en ella; es el resplandor de la luz eterna, el espejo sin mancha del actuar de Dios, imagen de su bondad" (Sab. 7, 25-26). "Con la sabiduría fundó Yavé la tierra, con la inteligencia consolidó los cielos. Con su ciencia hizo brotar las fuentes y por ella los cielos destilan rocío" (Plév. 3, 19-20). Es lo que se viene a decir en el capítulo 28 de Job, glosando el copista, con lenguaje llano, la omnisciencia de Dios (P. Larcher, traducción de "Le livre de Job", París, 1950):

"Dios es el que conoce sus caminos; El sabe su morada;
"porque con su mirada abarca los confines de la tierra y ve cuanto hay bajo la bóveda del cielo. Cuando dio su peso al viento
"y dispuso las aguas con medida, cuando dió la ley a la lluvia y
"camino al rayo, entonces la vió y la midió, la fundó y la conoció a fondo" (v. 23-27).

El lector de todos los tiempos, que buscó en el texto sagrado saciar su sed de luz, necesitaba algo más que simples términos; le era preciso en todo lo abstracto una comparación con lo material para él conocido como valioso. Y se observa que las comparaciones entre la sabiduría y los objetos más preciosos es un lugar común, que repiten con gusto los escritores sagrados (H. Lesêtre, "Le livre de Job", París, 1886). De ahí que digan: "Es una adquisición mejor que la de la plata y es de más provecho que el oro; es más preciosa que las perlas, y no hay tesoro que la iguale" (Prov. 3, 14-15).

"No se compra con el oro más fino, ni se pesa la plata para comprarla. No se pone en balanza con el oro de Ofir, ni con el precioso berilo, ni el zafiro. No se equipara al oro ni al cristal, ni se cambia por vasos de oro puro. No cuenta a su lado corales y cristales; vale más que las perlas. No puede

"comparársele el topacio de Etiopía, no entra en balanza con
"el oro más puro" (v. 15-19).

Y al fin del capítulo en cuestión se concluye afirmando que el mismo Creador:

"Dijo al hombre: El temor de Dios, ésa es la sabiduría;
"apartarse del mal, ésa es la inteligencia".

Según Larcher, parece que la sabiduría tiene aquí otro sentido, como si el versículo procediese de una adición posterior; pero la conclusión —agrega el traductor francés— está de acuerdo con el de los discursos de Yavé y, al menos con el sentido primitivo del poema. El hombre debe contentarse con esta "sabiduría" práctica, que es la "crainte de Dieu".

Título

Varios son los títulos que, como síntesis de su contenido y según el criterio de cada traductor, encabezan el capítulo 28 del libro de Job, tales como "Excelencia de la sabiduría" (Valera, 1933), "Elogio de la sabiduría" (Nácar-Colunga y Larcher) o simplemente "La sabiduría divina" (Bover-Cantera).

"La Sagesse inaccessible aux créatures" es el epígrafe que pone la Biblia de Crampon-Bonsirven; en tanto que la de Pirot-Clamer estampa el sugestivo título general de "Le poème de la sagesse", con los dos subtítulos: "Limites de la science" (1-13) y "La sagesse vient de Dieu" (14-28).

La "Bible Polyglotte" de Vigouroux secciona el capítulo en tres párrafos, con estos títulos certeramente analíticos: "Homo novit secreta terrae" (1-11), "Sed non sapientiam Dei" (12-21). "Deus solus novit vias suas" (22-28).

Algunas versiones inglesas y alemanas ponen títulos más explícitos. v. gr.: "La humana actividad se afana inquiriendo muchas cosas: la verdadera sabiduría sólo Dios la enseña" (Biblia de Douay); o "Frente al conocimiento natural de las cosas, la sabiduría es un don excelente de Dios" (Concordia bilingua Edition —texto inglés); o "Lob der Weisheit an Gott und Menschen" (texto alemán).

En realidad, se trata de una lección objetiva, con símiles sencillos, moraleja y conclusión para adoctrinar prácticamente sobre lo que esta potencia es. Destinado a resaltar su incomparable valor, mayor que todo lo que es módulo de comparación, pregunta dónde se halla, para terminar indicándoselo al hombre. Este elemento heterogéneo —dice Larcher— en la estructura literaria del poema de Job consta de 28 versículos, una página escasa en las ediciones corrientes del texto masorético.

Contenido

Claramente distribuido en tres partes, la primera, sin introducción previa, alecciona sobre la minería de todos los tiempos, y describe las minas con gran pericia. Se supone a un trabajador en todas las operaciones enumeradas; el que desciende al subsuelo en busca de ricos veneros, alumbrado con su linterna o aprovechando los rayos indirectos del sol, y busca en los huecos que sus herramientas abrieron, allí donde todo ha sido sombra desde la eternidad; y hace pozos y galerías de todo tipo, para llegar antes al corazón de la tierra. A veces emplea cuerdas, por las que se desliza verticalmente, oscilando. Cuanto más lejos llega en su penetración, observa que más va aumentando el calor, hasta el extremo que parece arder la misma materia sólida, en tanto que la atmósfera y el sol quedan allá lejos, en la superficie del globo habitado, a la que animan y fertilizan.

El autor nos ha situado en una mina cualquiera, para mostrarnos que en aquella semiasfixia es donde se encuentran los materiales ricos, los corindones y metales preciosos, de los más variados colores, iriscencias, dureza y valor. Allí, el zafiro, y, mezclado con el mismo polvo, el oro. Allí es difícil de llegar. Aquéllo es inaccesible incluso a la vista de las aves de mirada más penetrante, como el águila y el azor. Ni los reyes de la libertad y de la fuerza, las fieras salvajes, han hollado estos lugares.

Pero el hombre ha sido capaz de llegar en busca de algo que merece la pena de su esfuerzo y su ingenio; él barrena, carga de sustancia poderosa sus orificios y hace volar grandes moles de piedra, costosas de mover o de horadar a picotazos. Así es como hace galerías y llega a vetas de agua que corren libres, como si de la superficie de la tierra se tratase, y saca la riqueza interior (vers. I-II).

En lo profundo se encuentra lo que mucho vale; pero, ¿dónde hallar la sabiduría? Se contesta el propio autor: no la puede encontrar el hombre, porque no está en la tierra. Y dos gigantes de la naturaleza, poderosos e inmensos, el Abismo y el Mar, agregan que no está dentro de ellos, si bien contienen otros tesoros. ¿Es más la sabiduría o menos que sus filones o que sus madreperlas? No es nada de los preciosos materiales, ni todo ello junto; ni las piedras verdes, amarillas o incoloras y duras ni las perlas marinas; ni se compra, ni se pesa, ni se equipara, ni se cambia (vers. 12-19).

Si los hombres no son capaces de verla con su ingenio afanoso indagando bajo la tierra, ni las aves desde las alturas, ¿dónde está la sabiduría? En nueva prosopopeya, dos personajes dan referencias; el Infierno y la Muerte, conocedores de cosas insondables, que a tantos sabios —en opinión del mundo— han seducido, dicen: “A nosotros llegó nada más que su fama”.

La conclusión es un “verdadero canto de triunfo” (nota de Zschokke, incluida en la versión de H. Lesêtre) dedicado a la omnipotencia de Dios, quien conoce todos los caminos, y también, por tanto, el de la Sabiduría verdadera: El ve todo, hizo todo, aun lo más inverosímil, lo que el hombre nunca será capaz de hacer: las leyes inmutables de todos los fenómenos; y entonces “*LA FUNDO*”. Y no la reservó para sí, sino que El mismo dió al hombre el camino para encontrarla, como norma perenne de ciencia y de moral: *Tememe y huye del mal*. Ahí radican la sabiduría y la inteligencia (vers. 20-28).

La Naturaleza en este capítulo.

Es difícil extraer un tratado completo de la Naturaleza por su reducida extensión y porque a los fines didácticos que el poeta buscaba no era preciso recurrir a otras imágenes que las expuestas, a otros objetos vivos o muertos que los necesarios para mostrar al lector o al oyente lo que de valor positivo tenía a su vista, tangible y sopesable. Para su fin comparativo, se explica la presencia constante de las joyas, el oro y la plata, las piedras preciosas, cuanto la naturaleza produce y el hombre labora como símbolo de riqueza material. Lo mismo que C. de Castillejo nos dice en su curiosa antítesis:

A buscar

se va el oro, y a hollar
a montes y peñascales.
Y las perlas orientales
en las conchas de la mar;

así, nos expone todo un resumen de minería y de metales ricos. Es cuanto el hombre de todos los tiempos ve a su alcance y suspira en su imaginación por lograrlo y, con ello, la riqueza, como si la felicidad estuviese en sus entresijos. Humanamente hablando, eso es lo que vale en la tierra. Pero el autor busca el símil para hacer accesible su lección a un educando de formación incolora; prescinde de valores espirituales, porque el hombre medio no podría alcanzar su mérito: la ciencia, el buen juicio, la virtud, que, en definitiva, también son fruto recibido del sabén divino.

Entre los elementos manejados por el poeta, notamos la ausencia de flora terrestre, no apareciendo, ni como adorno del universo, una mención de los astros. El *cielo* sólo es la morada de las aves —*ôf haššamáyim*—, o bien un lugar elevado sobre la tierra —*táhat kol-haššamáyim*—. “Los cielos”, la atmósfera más o menos rarificada, están constituidos por *aire* —*rúah*—, que lo llena todo, como el Espíritu de Dios, e indispensable para la vida. Fue puesto por El mismo “cuando dio su peso al viento” (v. 25, a); hasta él se sacan “los tesoros” (v. 11, b); y en él los mineros “se suspenden y balancean lejos del alcance de los hombres” (v. 4).

Y por debajo, la materia sólida: la *tierra*, celosa guardadora de sus riquezas, elementos constitutivos, como sus centros nerviosos, atracciones singulares para el hombre, cuya superficie ocupa. Pero no contento con la parte que le ha tocado, aspira, por saber o por ambición, a llegar a sus profundidades. Nuestro planeta está descrito con una simple metáfora: “La tierra, que produce el pan, está por debajo como *fuego*” —*kemo- eš*— (v. 5). Es morada de vida y de muerte: brasa en las profundidades; vida “en la tierra de los mortales” (v. 13, b). Dios abarca sus confines “con su mirada” (v. 24, a); y en ella se hacen sondeos para la búsqueda de minas “lejos de lo habitado, en lugares inaccesibles” (v. 4).

De la concisión poética textual se deduce el doble valor de la tierra. Es medio vital —*éres*— (5, a; 13, b; 24, a); y objeto material, valioso por su mismo contenido —*áfár* = “polvo” — (2, a; 6, b). En las vetas duras y profundas de las *rocas* —*ében* = “piedra” (2, b; 3, b) y

súr = "peña" (10, a)— se encuentran los valores que el hombre tanto apreció siempre; son afirmaciones rotundas:

"De la roca fundida sale el cobre" (v. 2, b);

"Sus rocas son la morada del zafiro" (v. 6, a).

Los sitios pedregosos, despeñaderos difíciles de hollar, son apropiado lugar de exploración para los mineros; en los *caminos* "no pisados por las fieras" (v. 8) es donde el hombre "abre galerías" (v. 4), "subvierte los montes" —*har*— (v. 9) y "abre cauces en las rocas" (v. 10).

En contraposición a "la seca" está lo húmedo, las *aguas* —*máyim*—, parte separada por Dios con un insignificante destello de su poder, dejándolas organizadas por el universo cual sistema sanguíneo perfecto. Dentro hay "filtraciones de las aguas" (v. 11) —*nāhār* = "río"—, que el hombre explora; y hay mar, surtidor primordial para la vida. Ríos ocultos también son los "cauces en las rocas" —*ye'or*— para el lavado del mineral (v. 10, a); y superficiales los otros que nombra: "Abre galerías lejos de lo habitado" —*nahal* = "río"— (v. 4, a).

Tiene una mención para los fenómenos atmosféricos al mostrar a Dios como Creador: Cuando dió la ley a la lluvia —*mōtār*— y camino al rayo —*hōziz*— (v. 26).

La geografía política de la época está reflejada brevemente en notas caídas por el texto, especificando dos lugares característicamente productores de las mejores piedras preciosas: *Ofir*, país no identificado aún, cuyo oro era buscado por los monarcas coetáneos; y *Etiopia*, la tierra de Cus, no lejana de los itinerarios que conoció el pueblo de Dios antes del éxodo.

Destaca, naturalmente, la mención de los metales preciosos en general, lo rico que contiene el subsuelo: "(El hombre) abre cauces en las rocas y descubren sus ojos en ellas lo precioso" —*yāqār*— (v. 10); "Exploran las filtraciones de las aguas y saca a luz los tesoros"—*ta'alumā* = "lo escondido" (v. 11).

Las piedras preciosas tienen lugar preferente, pasando ante nuestra vista toda la gama de cristales, dureza y colores, con los mismos destellos con que aturden actualmente caprichos y ambiciones. Es ya el momento del rapítulo en que está somparando con la sabiduría ó tratando de ver lo poco que vale todo, porque a ella:

“No puede comparársele el *topacio* de Etiopía ” - *piṭdāḥ* - (v. 19),
 “Ni se equipara al *crystal*” - *zejūjūt* = “vidrio” - (v. 17, a);
 “No cuentan a su lado *corales* - *rā'môt* - y *cristales* - *gābiš*;
 “vale más que las *perlas*” - *peninim* - (v. 18);
 “No se puede comparar con el precioso *berilo* - *šoham* -
 ni el *zafiro*” - *sappir* - (16, b; 6, a).

Otro tanto ocurre con los metales, pero estos tratados ya con una jerarquía. El hierro es sólo un ingrediente más de la tierra: “Sácase el *hierro*” - *barzel* - (2, a), sin otra mención posterior. Para el cobre, que sigue en orden, tampoco hay más que una alusión; buscando hierro, pudiera ser que el hombre le hallase a mano: “De la *roca fundida* sale el *cobre*” —*nehūsā*— (2, b). Poco más lugar hay para la plata, pues sólo se dice que “tiene la *plata* sus *veneros*” —*késef*— (1, a); pero ya es objeto de algún valor, respecto a la sabiduría, que “no se pesa la plata para comprarla” (15, b).

El metal que ocupa aquí la preferencia es el *oro*, hablando de él desde su ubicación en el subsuelo:

“Los terrones de la tierra contienen oro” (6, b);

“Tiene el oro lugar en que se acrisola” (1, b);

hasta ser como el príncipe de los valores terrenos. Pero es más la sabiduría, porque:

“No entra en balanza con el oro más puro” (19, b);

“No se compra con el oro más fino” (15, a). E insiste:

“No se pone en balanza con el oro de Ofir” (16, a),

máspreciado que otro cualquiera, más fino y delicado. La sabiduría, en fin, “no se equipara el oro..., ni se cambia por *vasos de oro puro*” —*keḥ-fāz*— (17).

Es un símil insistente, agotando las acepciones que había en el hebreo bíblico del término:

zāhāb = “oro” (v. 1-6-17)

segōr = “filón de oro” (v. 15)

paz = “oro fino” (v. 17)

jétem = “oro” (v. 16 y 19), nombre poético derivado

de la raíz *jātām* (*kātama* árabe), que significa “esconder” (según nota al versículo 16 en “Le livre de Job”, por Le Hir.

El poeta, martillando en el entendimiento del educando, quería acumular mucho oro en su imaginación, infinidad de vasos de riqueza y finura sin par; todo el que pudiesen contener las naves de Salomón en sus regresos de Ofir (I Re. 9²⁸); montañas de oro en concreto; y vasijas repletas de perlas, zafiros, topacios y cristales. Así se hace idea de algo grande y rico; y se olvida del hierro, del cobre y de la plata. Su ánimo en esta disposición, escuchará: la sabiduría vale mucho más que todo lo que has imaginado.

La fauna, reduciérsima, está en segundo plano, como simple accidente para mejor mostrar la escena:

“Por caminos no pisados por las fieras” —*benê-šāhās*—,

“inaccesibles al león” —*šahal* = “rugiente”— (v. 8);

“desconocidos de las águilas” —*ayit* = “ave de rapiña”—.

“impenetrables al ojo del azor” —*ayyāh* = “buitre”— (v. 7).

Todo lo huellan, todo lo ven desde su altísima atalaya o lo escalan con su ágil constitución; pero la sabiduría “aún a las aves —*ôf*— del cielo está vedada” (v. 21, b). Si el instinto especial de fieras y aves no alcanza para hallarla, menos ha de poder el hombre, más limitado, si no es por el entendimiento.

Valores culturales y poéticos.

Moneda o dinero no contaban aún al comerciar. La balanza decidía en el trato de mercancías: los productos, o se cambiaban o se contrapesaban con metales, que eran ya abundantes, como también las piedras preciosas. Para oponer al platillo de la sabiduría no hay más módulo que el oro.

Explica detalladamente este capítulo cómo se explotaban los metales, sin mucha variación con respecto a como se hace en la actualidad. El Abate Le Hir escribe que los once primeros versículos “parecen” una descripción del trabajo en las minas. Poco ha avanzado la humanidad en ese aspecto, salvo en detalles al aplicar los inventos recientes: la pólvora, la máquina de vapor, la electricidad; sus procedimientos eran más rudimentarios, pero los mismos: el montacargas actual estaba suplido por cuerdas; la perforadora, por la cuña de martillo o el pico; el horno moderno, por un modesto crisol. El hombre “abre galerías lejos

de lo habitado..."; "mete su mano en el *pedernal* —*hallāmīs*— y subvierte los montes" (v. 9).

Un amplio conocimiento de la joyería está implícito en la gama de piedras y metales que menciona, a la vez que unas industrias anejas de labrado y engarzado, cuyos artífices también eran sabios para Dios, como maestros en su propio oficio (Ex. 31, 3⁵).

¿Qué filosofía mantiene el autor de este capítulo? Indudablemente, la impuesta por el Decálogo, con su religión, doctrina y moral. Sin embargo, a lo largo de sus versículos aparecen repetidos, intencionada o casualmente, los "cuatro elementos" que Empédocles de Agrigento consideró como "las raíces de todas las cosas", combinándose primero y disgregándose después, a efecto de la influencia alterna de la atracción y de la repulsión, llamados por el Amor y la Discordia; unificando criterios anteriores, Empédocles dió en decir que todo lo existente tiene como materias constitutivas estas cuatro: aire, fuego, agua y tierra, con la contrariedad entre ellas: lo frío y lo caliente, lo seco y lo húmedo. Quizá obedezca a una razón de contemporaneidad; la fecha del libro de Job oscila entre finales del siglo VII y principios del V antes de J. C. —época de la cautividad o algo después—, y Empédocles viviría en el V (¿490-430?).

Por su contenido y forma externa, el capítulo 28 está comprendido en el género poético *māsāl*, con su carácter especialmente didáctico. Y éste es objetivo; se dirige más a la inteligencia que al sentimiento. Por ello, hay ausencia de lirismo; todo es impersonal, casi monótono, insistente, sin subidas de tono en las ideas. Afirmaciones escuetas, ideas conocidas: "Tiene la plata sus veneros" (v. 1, a); "Dios conoce el camino de la sabiduría" (v. 23, a).

El autor va recto hacia su fin, claramente, sin complicaciones líricas; sin vocativos, ni exclamaciones. No da a los nombres más que un alcance y no pondera ni matiza las expresiones mediante adjetivos (encontramos uno en todo el pasaje: *yāqār*).

En tan reducida dimensión tenemos, no obstante, un amplio muestrario de figuras gramaticales, de pensamiento y elegancias. Así, al margen de la construcción típica, hay *hipérbaton* en muchas ocasiones para destacar el término conveniente; entre otras:

"el hierro del polvo se toma" = *barzel mē'āfār yuqqah* (v. 2, a);

"en las peñas galerías hiende" = *baššūrōt y'orim biqqē'a* (v. 10, a).

Sorprendente fenómeno de *elipsis* es la escasez del artículo, como se nota en los anteriores ejemplos, y en:

“No se le asemejan oro ni vidrio” = *lo'-ya^carjennāh zāhab ūzjūjit* (v. 17);

“Infierno y Muerte dice” = *ābadon wāmāwet omrū* (v. 22, a).

Omitir la partícula *et* en el v. 11, b, le da apariencia anfibológica: “y lo oculto saca luz” = *w'ta 'alumāh yoš'i* ōr.

Hay ausencia de verbo en el segundo estico del v. 28:

“El temor del Señor es la sabiduría; y apartarse del mal la inteligencia” = *yir'at aḏonāy hī' hojmāh; w'sūr mēra' binah*.

Ejemplo de *pleonasmos* es: “oscuridad y tinieblas” = *ofel wešalmāwet* (v. 3, b); y de *silepsis*: “y sitio para el oro colarse” = *umāqom laz zāhāb yazōqqū* (v. 1, b).

Los *hebraismos* encontrados son contadísimos, a no ser el discutido “*benē-šāhaš*” (v. 8, a), cuyas distintas lecturas comenta H. Lesêtre, y que él califica de “término bastante vago, donde el sentido está determinado por el *paraklismo*”.

Entre las figuras de dicción, está construido en *quiasmo* el versículo 21, si bien el verbo de ambos hemistiquios, con significado parecido, no es el mismo en el texto hebreo:

“Ella se oculta de los ojos de todo viviente —*wene^celmāh*—

“y del volátil del cielo se oculta” —*nistārāh*—.

La *comparación* de la segunda parte de nuestro capítulo está lograda mediante una *anáfora* conjuntiva de sinonimias (v. 15-19): *lo'... welo'...*; *lo'... welo'...*, eco de otras anteriores con la misma palabra (v. 7-8 y 13).

Figura manifiesta de pensamiento es la *enumeración* alusiva a la minoría (1-11). Hay sólo dos *interrogaciones*, reductibles a una; tienen las mismas palabras y están igualmente dispuestas, hasta con los mismos acentos, salvo un leve matiz diferencial en el verbo (v. 12 y 20):

“Y la sabiduría, ¿dónde se encuentra, y cuál es el lugar de la inteligencia? *Wehahojmā^h mē'ayin timmāše'. we é-zeh meqôm binū.^h*”

El versículo 9 nos da la nota *hiperbólica*:

“revuelve de raíz los montes” = *hāfaj miššoreš hārīm*.

Dentro del tono descriptivo, notamos cierto sentido dramático, con unos personajes que aportan su opinión en *prosopopeya* grandiosa: el Abismo (*tehôm* = “caos”), el Mar (*yam*), el Infierno (*ābadon*) y la Muerte (*māwet*). Intervienen, por parejas, cuando se quiere dar contestación a la doble pregunta, en testimonio de afirmaciones que el autor ha

intercalado en los versículos 13 y 21. Lo extraño de la presencia de estos personajes es su número: cuatro, como los "elementos"; y hasta encontramos también cierta correlación y contraposición entre ellos:

Tierra	Muerte
Agua	Mar
Aire	Abismo
Fuego	Infierno

Dios, explícitamente, cuenta en los últimos seis versículos, como único testimonio que guíe tras de la sabiduría. Lo anterior es una exposición de méritos y circunstancias, la imposibilidad de saber cuánto vale. Ahora el poeta aporta el testimonio divino, de verismo irrefutable. Poderoso, justo y sabio, su norma es la mejor y El el más a propósito a quien servir —un Señor que no se nos muere—, Eterno e Inmutable en sus juicios. En El Sumo Bien, está la verdadera sabiduría. "Empobrecen los ricos, y en la penuria pasan hambre; pero a los que buscan a Yavé no les falta bien alguno" (Sal. 34, 11). Porque "toda felicidad está en Dios" (Job 5, 17 y 27).

PASCUAL PASCUAL RECUERO

Seminario de Filología Hebraica

Diciembre de 1956.